

Humanistas españoles en Venezuela

EL APORTE INTELECTUAL DE LA MIGRACIÓN
ESPAÑOLA DEL SIGLO XX

Tulio Hernández (comp.)



Manuel García-Pelayo por Ricardo Combellas

Pedro Grases por Francisco Javier Pérez

Manuel Pérez Vila por Inés Quintero

Juan David García Bacca por Benjamín Sánchez

Juan Nuño por Ana Nuño

Federico Riu por Fernando Rodríguez

Ángel Rosenblat por Irma Chumaceiro

Marco Aurelio Vila por Antonio De Lisio

Humanistas españoles en Venezuela

Humanistas españoles en Venezuela. EL APOORTE INTELLECTUAL DE LA MIGRACIÓN ESPAÑOLA DEL SIGLO XX

Tulio Hernández (Compilador),

Varios autores.

Primera edición: mayo 2015.

© Librería Lugar Común C.A., 2015,
Altamira, Caracas.

© Tulio Hernández: *El saber generoso*

© Ricardo Combellas: *Manuel García-Pelayo:
Trajectoria y legado en Venezuela*

© Francisco Javier Pérez: *El sabio Pedro Grasés*

© Inés Quintero: *Manuel Pérez Vila: Pasión
y compromiso*

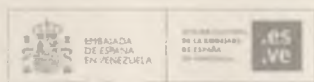
© Benjamín Sánchez: *Juan David García Bacca:
creador de los estudios filosóficos en América*

© Ana Nuño: *Juan Nuño, un filósofo
con los pies en la tierra*

© Fernando Rodríguez: *Federico Riu,
el rigor y el absurdo*

© Irma Chumaceiro: *Ángel Rosenblat:
un hispanista de dos mundos*

© Antonio De Lisio: *Marco Aurelio Vila:
La geografía plantada en la memoria de las localidades
venezolanas*



EMBAJADA DE ESPAÑA EN VENEZUELA

Antonio Pérez-Hernández Torra
Embajador de España

Moisés Morera Martín
Consejero de Asuntos Culturales

Patricia Hambrona García
Gestora Cultural

Oficina Cultural de la Embajada de España
en Venezuela

Av. Mohedano, entre 1º y 2º transv., Quinta
Embajada de España, La Castellana, Caracas.

www.culturaesve.org.ve

Correo: emb.caracas.cult@maec.es

FB: Oficina Cultural Embajada de España
en Venezuela

Twitter: @CulturaES_VE

YouTube: Oficina Cultural Embajada
de España en Venezuela

Instagram: @CulturaES_VE

Dirección editorial: Sandra Caula

Carátula: Jefferson Quintana

Diseño: Elena Roosen

Corrección: Andrés Cardinale

Impreso en Editorial Arte, S.A.

RIF: J000121893

Los Ruices Sur, Caracas, septiembre 2015.

Impreso en Venezuela – Printed in Venezuela.

ISBN: 978-980-7731-01-0

Depósito Legal: If25220158001834

Hecho el depósito que indica la ley

Humanistas españoles en Venezuela

EL APOORTE INTELECTUAL DE LA MIGRACIÓN
ESPAÑOLA DEL SIGLO XX

Tulio Hernández (comp.)

Manuel García-Pelayo por Ricardo Combellas

Pedro Grases por Francisco Javier Pérez

Manuel Pérez Vila por Inés Quintero

Juan David García Bacca por Benjamín Sánchez

Juan Nuño por Ana Nuño

Federico Riu por Fernando Rodríguez

Ángel Rosenblat por Irma Chumaceiro

Marco Aurelio Vila por Antonio De Lisio

Foto: Estudio Harris&Ewing.
Cortesía Fundación Pedro Grases



EL SABIO PEDRO GRASES

Francisco Javier Pérez

*La historia de un pueblo, su dignidad
y su misma libertad, parece enseñarnos
Grases, es más importante encontrarlas
en una biblioteca que en una constitución
irrealizable o en las proclamas
de un gobierno atrasadamente conservador
o verbosamente liberal*

ANTONIO SCOCOZZA

HOMBRE ATLAS

Nos encontramos en el libro *Intuición de Chile*, de Mariano Piñón-Salas, publicado en 1935, una productiva observación sobre la gestión ciclópea de algunos singulares trabajadores del intelecto en nuestro continente. Se vale de ella el escritor merideño, en su ensayo sobre el bibliógrafo, filólogo e historiador santiaguino José Toribio Medina, al que signa como “albacea de la historia de América”, para tratar de entender lo que estos gigantes lograron y lo que significaron en la reconstrucción y ordenación de nuestro pasado mental. Con dorado empeño, asienta el principio de “hombres-Atlas” y al hacerlo auspicia la clave para la comprensión de estos titanes: “Medina como Bello, como Rufino José Cuervo, como Diego Barros Arana, pertenece a ese linaje de gigantescos trabajadores que resarcen al hombre criollo de aquel cargo de pereza e improvisación con que muchas veces se juzgó nuestro discontinuo trabajo intelectual”. Los vindica y venera en la fuerza de esta poderosa y vengadora conceptualización: “Son hombres-Atlas que se echaban sobre la espalda la labor crítica y organizadora que en países de mayor sosiego y tradición, cumplirían academias e institutos enteros”.

Como si hubiera estado pensando en el también bibliógrafo, filólogo e historiador Pedro Grases¹, cada una de las líneas de este precioso texto de Picón-Salas parecen cuadrarle al maestro catalán-venezolano en relación con las tareas de investigación cumplidas por el sabio chileno, por el que el propio Grases sentía admiración profunda y cuyas enseñanzas referiría en muchos momentos de su propia obra con reiteración admirativa (escribe un bello texto, en 1952, que titula "José Toribio Medina y la imprenta en Venezuela", para servir de presentación al volumen *Contribución a la historia de la imprenta en Venezuela*, promovido por el mismo Grases, como homenaje venezolano al maestro chileno en el centenario de su nacimiento; maestro que lo fue hasta por la potencia de su capacidad para el trabajo espiritual —repetiendo Grases, una y otra vez, el principio toribiano: "He trabajado mucho y me he cansado muy poco", como si pensara en su propia y simétrica laboriosidad). La valoración de la cuantía, entendida como revelación de la cuantía sobre el valor en estos hombres, queda dicha por Picón-Salas para Medina, y nosotros queremos hoy dejarla dicha para Grases, en imagen cierta y certera: "Los estudiantes decían que si se colocaban en hilera vertical cada uno de los libros escritos o compilados por don José Toribio, superarían más de tres veces su estatura física".

El signo del atlante gestaría desde temprano y acompañaría hasta siempre las muchas tareas que Grases acomete en la impenitencia del hurgar en archivos y bibliotecas en pos de las verdades documentales del país y de la obra de sus hacedores espirituales, materias primas para convocar la comprensión crítica de la gesta de pensamiento complejo que los primeros, segundos y terceros venezolanos republicanos se impusieron. Al descubrimiento y estudio de estas gestas espirituales estará dedicada la demorada, disciplinada y rigurosa acción de estudio que Grases desarrollaría en la soledad de su universo plerórico de libros. Como algunas de las figuras cuyo estudio cumple obsesivamente, hará calzar en su propio trabajo el rasgo ciclópeo de los autores que estudia sin desmayo, una y muchas veces. La insatisfacción, aquí, señala también la recurrencia de un esfuerzo que nunca se da por terminado. La inspección amorosa que imprime sobre Andrés Bello, el más grande de los colosos americanos, le llevará a completar los dos primeros volúmenes de sus obras; un conjunto de más de mil páginas de iluminadora pasión, conducidas por la insatisfacción y la exigencia (su dedicación como secretario de la co-

misión editora de las *Obras completas* de Bello dará cuenta de estos rasgos y promoverá la erudición buena que reposa detrás de un empeño cargado de tantos logros).

Alimentado, como los estudiosos mayores, con cifras y saldos, las suyas van a ofrecer altos decimales que hablan no sólo de horas, días y años de dedicación y asiento (“horas culo”, como gustaba llamarlas), sino que ellas están también dibujando al investigador comprometido con la noble disciplina de comprender la materia profunda de las iluminaciones culturales y del pensamiento. Nunca los números de la obra grande fueron tan reveladores de la profundidad de los acercamientos.

Las inalcanzables cifras de su producción, registradas hasta 1987 por Horacio Jorge Becco, promedian estos resultados: 179 libros y folletos; 214 ediciones, compilaciones y prólogos; y 71 participaciones en obras colectivas. La Editorial Seix-Barral publicará bajo el cuidado del autor, entre 1981 y 2002, sus *Obras completas* en 21 volúmenes (que alcanzan un total de más de diez mil páginas). A este conjunto portentoso habría que sumarle un epistolario personal y de trabajo compuesto por 30.000 piezas, en su mayoría inéditas, que dan cuenta de su vida privada, sus amistades, sus intereses intelectuales, sus empresas de estudio, sus proyectos, sus logros, sus anhelos, sus ideas, sus afectos, sus frustraciones, sus ánimos en años tempranos y sus desánimos en los postreros (recuerdo una mañana en su casa, promediando ya los 90 años, en que me confesó, como buscando consuelo en mi juvenil fortaleza, que se preguntaba muchas veces si había tenido sentido todo lo que él había hecho); en fin, su vida toda de hombre tocado por la sabiduría. Ingente e inteligente, seguirá prácticamente hasta el momento de su muerte entregando a la imprenta resultados de su observación del proceso a la cultura venezolana desde la atalaya del libro: la mejor de sus atalayas. Así, aparecerán dos volúmenes publicados por la Fundación Grases con el título de *Andrés Bello. Documentos para el estudio de sus Obras completas, 1948-1985* (2004), que recogen el conjunto de cartas gestado por Grases y por sus corresponsales en torno a la empresa de ordenar, estudiar y publicar las obras del humanista caraqueño, que nos ofrecen un virtuoso muestrario de la obra del maestro y que son hoy como un mirador para reconstruir lo que fueron las tareas y desvelos para llevar a término placentero un proyecto de tanta complejidad.

La asimilación filosófica del Atlas estudioso quedará tan bien asentada en la prolongada trayectoria de Grases que él mismo, en diversas oportunidades, la va a resaltar en muchos de los autores del tiempo viejo y en muchos de sus colegas del tiempo nuevo. El ejemplo rey, aquí, quedará enmarcado cuando escribe la necrología por la muerte de su querido amigo Joan Corominas, el grande autor de los diccionarios crítico-etimológicos de las lenguas castellana y catalana, ocurrida en 1997, a sus 91 años de edad.

Escribe un texto en donde es posible observar su propio retrato de estudioso: “La obra que deja publicada significa una creación de primer orden a lo largo de una brillante carrera de hombre de letras que le da el rango y el volumen de una academia unipersonal, por aportar su saber y su impresionante capacidad en sus ediciones, sobre el español y sobre el catalán, principalmente, que lo sitúan preeminente entre los sabios contemporáneos en estudios lingüísticos”. Hay un esfuerzo, en la intención de Grases, por ver en el Corominas estudioso del lenguaje a un sabio para quien la investigación lingüística era un trampolín, el más dorado de todos, para arribar al conocimiento de la historia, cultura y vida de los hombres (consta esto en muchos momentos del epistolario que sostuvo Corominas con Menéndez Pidal y que se ha publicado recientemente bajo el cuidado y anotaciones de José Antonio Pascual y José Ignacio Pérez Pascual: *Epistolario Joan Coromines & Ramón Menéndez Pidal*; Barcelona: Fundación Pere Coromines, 2006). Como Corominas, Grases es para Venezuela el mejor ejemplo de lo que significa ser una academia unipersonal. Se ha dicho que no puede nadie aproximarse al estudio de la cultura de Venezuela sin encontrarse con Grases (lo ha afirmado Arturo Uslar Pietri en formulación más que perfecta: “No se podrá escribir sobre las letras y el pensamiento venezolanos sin mencionar a Grases, sin servirse de Grases, sin seguir a Grases en toda la asombrosa variedad de sus pesquisas y hallazgos”). Prodigioso, como Corominas, tanto en volumen y densidad, sus obras vistas en una dimensión orgánica representan el conjunto más coherente del que disponemos para entender, en especial, los orígenes de la cultura nacional: lingüística, literatura e historia; actividades hermanas en la visión del más disciplinado trabajador de la espiritualidad venezolana y del más mesurado de sus sabios. Una y otra vez, se aproximará Grases a los grandes de nuestra cultura para potenciar en ellos el carácter de cultivadores del espíritu. Así lo hará, como si se

tratara de un Atlas solitario de nuestra sabiduría; y como si él fuera el único miembro de nuestra academia de la sapiencia.

LA HISTORIA DE LAS IDEAS Y LA TRADICIÓN HUMANÍSTICA

Grases confiesa que durante sus primeros años en el país: “vivía encandilado con mi descubrimiento de América”. Y sería este encandilamiento el que promovería, gradual y atinadamente, el rumbo rectilíneo de su proyecto medular de investigación: comprender los orígenes de la tradición humanística en Iberoamérica y el impacto que esa tradición aportó en la fragua del pensamiento emancipador. El reto suponía el hallazgo, reconstrucción e interpretación de los documentos capitales que habían ido mostrando la conformación del pensamiento hispanoamericano a finales del Siglo XVIII e implicaba, especialmente, la caracterización y análisis de las figuras protagónicas de ese tiempo de cambio y fundación. Como si hubiera estado cumpliendo un designio, la escogencia de Venezuela como país de acogida en su doloroso exilio y su decisión de adoptar al país como su residencia permanente y como espacio germinal de su vocación de estudioso, vendría a representar la situación más feliz para dar cumplimiento al magno proyecto que desde temprano vislumbra. Pues, sería Caracas, y Grases ya lo sabía, el centro capitalino desde donde se irradiaría para todo el continente el ideario y el modelo que las nuevas naciones, novatas en la libertad, debían edificar luego de cumplida la Independencia. Sería en Venezuela donde nacería y se desarrollaría primero el germen de renovación y donde el pensamiento humanístico produciría sus frutos iniciales. Asimismo, será en Venezuela donde nacerán las mentes más brillantes en pos de un triunfo que, más que bélico, fue primero ideológico, afectivo y estético en esa búsqueda del hombre libre que es el que puede conquistar el pensamiento libre y promover la sociedad, la nación y el continente libres. Para comprender la morfología de este proceso del pensamiento, Grases diseñaría la morfología de su proceso de pensamiento.

Una premisa sobre la que se afirman las investigaciones de Grases en torno a la pre Independencia, presente en su fundamental libro *La conspiración de Gual y España y el ideario de la Independencia* (1949), actuará favorablemente en relación con la lectura antimilitarista del

proceso. Se impone hallar explicaciones que contravengan la gesta como tópicos de heroísmo belicista, para buscarle asideros en el complejo cuerpo de ideas que permitieron la verdadera transformación de las mentalidades. De esta suerte, la emancipación lo sería más por su capacidad para hacer germinar nuevas visiones del tiempo histórico, nuevas esperanzas de libertad y nuevas expectativas de cambio. La premisa pro intelectual del proceso se traduce en una conclusión del proceso como resultado de la acción de un corpus de pensamiento que, antes que sustituciones políticas por vía de la guerra contra España, alcanzó transformar modos de pensamiento, gestiones de argumentación, alteración de códigos estéticos y reordenación de las sensibilidades. Nuevas ideas para un tiempo nuevo:

El cambio de la vida colonial a la vida independiente en Hispanoamérica no radica únicamente en los hechos políticos y bélicos que determinan el paso del poder público de manos de la metrópoli a los nuevos gobernantes de las nacionalidades constituidas en Estado a comienzos del Siglo XIX. Mucho más profundo que el traspaso del dominio, es la conversión de los principios actuantes en las antiguas sociedades coloniales. Los renovadores conceptos filosófico-políticos del "liberalismo" habrán de constituir el nervio y la razón de conducta de los hombres públicos. El esfuerzo del héroe militar, o el genio del estadista se estrellarían infaliblemente en el vacío, si no marcharan al unísono con la transformación de las conciencias. Ambas condicionantes dirigentes y clima social son indispensables para que se realice la obra creadora en la historia de los pueblos. Aun el héroe y el estadista necesitan apoyarse en un sólido sistema de ideas para no desfallecer al realizar su propia obra.²

Convencido de que "la contribución más importante de la civilización hispanoamericana es la del pensamiento humanístico", como rotula con énfasis en el prólogo al quinto volumen de la edición de sus *Obras*, titulado declarativamente, *La tradición humanística*, seguirá el curso y le tomará el pulso a un conjunto de nombres que sintieron "el trance y la pasión de América". Se impone estudiarlos en su papel de forjadores de la tradición humanística y de motores de una sólida entidad mental capaz de superar los límites de su tiempo

vital (la pre y la post independencia) para transformarse en haberes permanentes de una revolución en el pensamiento americano y sobre América que nunca más volvió a repetirse. Nacidos la mayoría de estos astros en Caracas o hechos espiritualmente en Caracas, tiene cada uno de ellos, desde la impronta de sus particularidades en formación, en personalidad, en intereses y en arraigos disciplina- rios, una necesidad por colocar a su nación de origen y al continente todo en clave histórica; quieren darle un lugar en la historia al conti- nente y al país que les permitió nacer para la historia misma. Haz de personalidades, Grases le seguirá la pista en clave humanística a Francisco de Miranda, Simón Bolívar, Simón Rodríguez, Andrés Bello, José Luis Ramos, Miguel José Sanz, Juan Germán Roscio, Manuel Palacio Fajardo, José María Vargas, Domingo Navas Spíno- la, Juan Manuel Cagigal, Fermín Toro, Juan Vicente González, Ra- fael María Baralt y Cecilio Acosta, entre otros.

De todos ellos, será Bello el que le ocupe mayores empeños voca- cionales y el que lo cautive desde muy temprano y para siempre: “Diría que el principal objetivo de mis pesquisas ha sido la historia de las ideas en la vida cultural americana, y dentro de ella, como asunto eminente, la vida y la obra de Andrés Bello, como primer humanista de la civilización hispanoamericana, cuya revelación fue para mí como el hallazgo de un norte bastante para convertirlo en principal finalidad de una ocupación intelectual” (*Obras*, 1: Intro- ducción). Su primera formación española, tutelada por el estudio de autores tan grandes como Marcelino Menéndez Pelayo, Manuel Milá y Fontanals y Ramón Menéndez Pidal, motivará el punto de partida de su primera filiación bellista al ocuparse del aporte del hu- manista venezolano a los estudios sobre la épica medieval española, focalizados en la noble epopeya cidiana, con la intención de fijar la significación que tuvieron sus trabajos sobre el *Cantar de Mio Cid* y de divulgar, a este respeto, la jerarquía de las investigaciones que Bello realizara en Londres. Cumplido el levantamiento de la biblio- grafía de Bello, 1) esclarecería el nombre de Bello como autor del *Resumen de la Historia de Venezuela*; 2) demostraría la autoría bellista de la traducción del *Arte de escribir* del abate de Condillac (que se pu- blica en 1824) y su significación como la primera obra de filología publicada en Caracas; 3) establecería el seguimiento de la impronta de Bello en Venezuela, traducida en la puesta estructural de la *Anto- logía del bellismo en Venezuela*, documento de documentos en donde

logra que el contenido sea la demostración y la demostración el motivo; 4) entenderá el papel que la gramática de Bello tuvo en la instalación de la perspectiva sincrónica en los estudios sobre el lenguaje; 5) documentará el aporte de Bello para el conocimiento moderno de la épica española medieval. La figura de Bello tutela, desde una multiplicidad de ángulos, la gestión del Grases estudioso. También le provee de un sistema circulatorio para la comprensión de la espiritualidad venezolana y americana y lo conecta con algunas cúspides mentales del país de su tiempo, asumido y hecho muchas veces a escala bellista: Rafael Caldera, Julio y Enrique Planchart, Fernando Paz Castillo, Mariano Picón-Salas, Ángel Rosenblat, Augusto Mijares, Pedro Pablo Barnola, Arturo Uslar Pietri y Oscar Sambrano Urdaneta (el más notable de sus discípulos), fundamentalmente.

El legado de la tradición humanística reseñada promoverá en la interpretación de Grases la exploración de instituciones y nombres clave en la constitución de la nación después del año 1830 y cuyo radio de influencia supera el final del Siglo XIX. Así lo formula: "Los aspectos concomitantes del humanismo (educación, figuras del XIX y modernas) son prolongación del propósito principal de contribuir al conocimiento de los valores más trascendentes de la civilización continental. Personas, historia literaria e instituciones son peldaños en la cultura hispanohablante de los países de aquende el Atlántico" (*Obras*, 1: Introducción). Para Grases, las cifras de Venezuela vendrán a ser sus mejores nombres.

LA LENGUA

Sabiendo cuánto de determinante es la consideración de la lengua para la comprensión de los procesos de pensamiento, atravesará toda su obra con temas, citas, referencias, personajes y obras vinculadas con la lingüística española, americana y venezolana; quizá recordación constante de una vocación lingüística que el exilio truncó y que se mantuvo recesiva en el código genético de este estudioso de raíz filológica³.

El conjunto de sus obras hace evidente diversos títulos que resultan exploraciones de la lengua y del trabajo lingüístico. Promoviendo tanto la crítica ("Estudios de castellano", 1940) como la descripción ("Venezolanismos", 1964), Grases mantendrá encendida la

llama de su primera vocación, no como perpetuación de la nostalgia, sino como seña y llamada que impidan dejar de lado el análisis de la lengua, pues deviene en la vía más segura para el conocimiento de lo que una sociedad es y porque gracias a la lengua se llega de manera inequívoca a visualizar el aparato ideológico sobre el que descansa la vida de los hombres.

Sus pasiones históricas serán pasiones por la lengua y por los cultores de su estudio. Así lo recalcará en Bello, Baralt, González y Acosta, para el tiempo viejo; y en Alvarado, Semprum, Rosenblat y Barnola, para el tiempo nuevo. Compondrá, movido por estos intereses, uno de sus ensayos más fundamentales, texto paradigmático para los estudiosos de la historia de las ideas lingüísticas en Venezuela e Hispanoamérica: "Rufino José Cuervo, conjunción de tres filólogos venezolanos" (1944). Trata de entender en situación más abarcadora la integración de las tradiciones venezolana y colombiana en materia de lenguaje. El estudio trascendente potencia la obra del maestro bogotano como clave simbólica para comprender tres de las cúspides de la lingüística venezolana: Bello, Baralt y Juan Vicente González. Respalda, como una modalidad de adelantado panhispanismo, la interconexión entre la historia lingüística de ambos países. Cuervo establecido como una fuerza determinante de la actividad del Siglo XIX en el terreno de nuestra ciencia del lenguaje. Su aporte es tal como ordenación de la materia decimonónica en materia de lenguaje que, en señalamiento como factor conjuntivo, se completaría con las obras de otros dos autores cruciales de nuestra lingüística en el final del Siglo XIX: José Domingo Medrano y Julio Calcaño, cuyas obras centrales, *Apuntaciones para la crítica sobre el lenguaje maracaibero* (1883) y *El castellano en Venezuela* (1897), respectivamente, dejan grabada la presencia nutricia de Cuervo en la ciencia venezolana del lenguaje.

Seguidamente, en 1954, se impone producir uno de sus trabajos críticos más notables: "La obra lexicográfica de Lisandro Alvarado", escrito como texto introductorio a los *Glosarios del bajo español de Venezuela*, volúmenes II y III de la integral escrituraria del sabio larense. Grases ofrece en este imprescindible estudio los resultados de sus investigaciones como historiador de la lingüística venezolana del Siglo XIX, marcando un desplazamiento de sus intereses que dejan la consideración clásica del fenómeno por el estudio del español venezolano. Para enmarcar la contribución de nuestro lexicógrafo

mayor, recurre a reconstruir la historia de la disciplina y a afianzar el modo tradicionalista de entenderla: Alvarado, más que un hecho aislado, representa la cima de una tradición de estudio que tiene su origen en una prominente nómina de lexicógrafos, desde Miguel Carmona, a mediados del Siglo XIX, hasta Gonzalo Picón-Febres, durante la primera década del XX.

Como historiador de la lingüística, el trabajo de Grases puede medirse en el balance que proyectan, especialmente, sus estudios sobre Bello y González como gramáticos, sobre Cuervo y sobre Alvarado. Permiten arribar a seis marcadores historiográficos de primer orden y en donde su contribución adquiere solvencia inalcanzable: 1) la postulación y defensa de una tradición lingüística; 2) el establecimiento del origen documentado de la lingüística venezolana del Siglo XIX; 3) la primacía del *Compendio de gramática castellana* (1841), de Juan Vicente González, como primera gramática sincrónica o de uso en Hispanoamérica; 4) el nacimiento de la ciencia gramatical con la obra de Bello a partir de 1847; 5) la significación de Baralt en la lexicografía histórica del español (resolverá el enigma sobre la inconclusión del *Diccionario matriz*, al escribir el capital opúsculo: *Del porqué no se escribió el Diccionario matriz de la lengua castellana de Rafael María Baralt*, 1943); y 6) la obra de Cuervo como síntesis de la lingüística venezolana del Siglo XIX. Todos estos logros han permitido investigar en profundidad la historia de la lingüística venezolana y establecer las líneas de fuerza que generan cada uno de sus procesos. Escuetos en formulación, suponen, en cambio, trascendente empresa⁴.

Aunque el maestro señalaba una tímida dedicación al tema lingüístico desde un ámbito general de consideración ("he dedicado también algunas vigilias a temas filológicos y de lenguaje, que he ido dejando de lado al preocuparme por otros asuntos", dirá al introducir sus estudios bellistas), en realidad tendría que entenderse que sus investigaciones bibliográficas y sus estudios sobre literatura y libros respondían muchas veces, y mucho, a direcciones que se emparentaban con una hermenéutica de naturaleza lingüística. El terreno disciplinario de la referencia, tanto en alcance como método, tenía en Grases una relación firme con la descripción y el sistema sobre los que la moderna lingüística asentaba sus movimientos de comprensión. La formación filológica que recibe antes de su llegada a Venezuela (sumatoria de materias históricas, discursivas y estéticas) se

mantendrá siempre en la base de todas sus investigaciones, sean éstas historiográficas, bibliográficas o culturales y en donde el análisis de textos y la consideración de los discursos quedarán auspiciadas por la ciencia del lenguaje en su más amplia dimensión. La lengua, siempre, como el mejor modo de comprender la pasta plural en la hechura de los hombres.

EL NOMBRE, LA BIBLIOTECA Y LA CALLE

Las palabras del profesor Scocozza, que hemos citado como epígrafe, tomadas de su orientador estudio: “Pedro Grases: Una vida y un método para la historia de la cultura hispanoamericana”⁵), ponen en claro la razón culturalista de la pasión de Grases por las bibliotecas (tanto la suya personal, en la que llegó a coleccionar 66.000 volúmenes, como las tantas de sus amigos eruditos y de instituciones especializadas que conoció en su larga carrera de investigador del libro). Más allá del gusto noble por los libros, entendía, como bien acierta en señalar el reconocido hispanista italiano, que es en las bibliotecas y en sus libros donde encontramos la verdadera historia, digna y libre de los pueblos, y no en los textos doctrinarios o en la demagogia de las ideologías.

En vida, alcanzó a ver concretada una de sus aspiraciones más anheladas, esa que llevó a la colocación de su nombre al frente de una biblioteca, sueño de todo hombre nacido para los libros. Repetía una y otra vez que nada le había dado más goce en la plenitud de su vida y su carrera que el bautizo de la Biblioteca de la Universidad Metropolitana con su nombre, gracias al gesto generoso de su amigo Eugenio Mendoza. Irían a reposar allí y a comenzar nueva vida los miles de libros que había atesorado en manos, ahora públicas, de estudiantes universitarios de humanidades y de especialistas en Venezuela e Iberoamérica. Hoy la Biblioteca Pedro Grases es uno de los espacios más nobles de la ciudad dedicados a la conservación, empleo y estudio de lo que fue el ingente patrimonio verbal colectado por el maestro en su casa de la Calle Mohedano, en La Castellana.

Muchos años después, en 2011, la fortuna le regala una satisfacción del mismo orden. Esta vez, su nombre en una calle; vía aledaña y colateral de la que fuera en vida y durante décadas su residencia de habitación y su gabinete de trabajo, la inolvidable quinta “Villafran-

ca” (una exhibición de amor y recordación por su lugar de nacimiento en el Penedés, en Cataluña), hogar de su honorable familia y centro privado del saber como pocos en Caracas. Constructor espiritual, edificaría allí el más reseñable *locus* bellista y de reflexión sobre el país del tiempo moderno.

Como se sabe, el maestro convirtió su casa en un centro de cultura y saber venezolanos. Todos los días, desde la madrugada, se encendían las luces de su despacho para comenzar la tarea sin fin de contestar a sus numerosísimos corresponsales (logra completar un archivo con 30.000 piezas, quizá una de las más prolíficas colecciones epistolares del país), de continuar sus interminables trabajos documentales, de atender asuntos de estudio, de responder consultas de orden variado y de recibir visitantes y amigos, que, en ambos casos, significaban un enorme aliciente para las propias tareas que el maestro se proponía. Asumiendo su papel de líder cultural, Grases creó en su casa una tertulia sabatina por la que pasaron, además de sus amigos habituales (ese “gremio de discretos” del que tanto gustaba), muchos ilustres personajes de la vida pública, la política, las letras y el pensamiento de ese país virtuoso que él mismo contribuye a fraguar.

LAS INSTITUCIONES

Asombra comprender la capacidad de trabajo desplegada por Grases, ya no sólo en la compleja factura de sus escritos e investigaciones, tareas que exigían, dada la productiva demanda de edición de sus libros, artículos, prólogos, intervenciones, presentaciones, dentro del afortunado campo de la divulgación, sino también, al unísono, su participación muy activa en proyectos institucionales, comisiones, conmemoraciones, eventos científicos, asesorías, membresías y otro diverso conjunto de actividades que demandaban su presencia y su decidido apoyo. Se trata de una parcela tan sustantiva de su carrera que no resulta sencillo darle una entrada en su bibliografía, aunque se trate muchas veces de ocupaciones vinculadas con libros y ediciones.

Las más destacadas podrían ser, en el propio listado aportado por el autor, las siguientes: tareas de la Secretaría de la comisión editora de las *Obras completas* de Andrés Bello; las ediciones del Instituto Pe-

dagógico Nacional; las ediciones de las Exposiciones del Libro Venezolano; las ediciones de la Semana de Bello; la colección del Comité de Orígenes de la Emancipación; las ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza; las ediciones de la Biblioteca Nacional; las ediciones de la Secretaría General de la X Conferencia Interamericana; las *Obras completas* de Rafael María Baralt; las *Obras escogidas* de Agustín Codazzi; las *Obras* de Juan Germán Roscio; las *Obras* de Manuel Segundo Sánchez; la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, serie del Sesquicentenario de Caracas; la colección del Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX (en conjunto con Ramón J. Velásquez); la serie "Nuestro Siglo XIX"; la colección de las Fuerzas Armadas de Venezuela en el Siglo XIX (en conjunto con Manuel Pérez Vila); las ediciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela (particularmente en la serie de los Escritos del Libertador); las ediciones del Cuatricentenario de Caracas; la Colección histórico-económica del Banco Central de Venezuela; las ediciones conmemorativas del Sesquicentenario del Congreso de Angostura; las colecciones del Instituto Nacional de Hipódromos; la Historia de las Finanzas Públicas de Venezuela; las ediciones de las memorias de los Congresos del Bicentenario de Andrés Bello y, quizá como su última dedicación, la edición de sus propias *Obras*, para las que escribió las introducciones a cada uno de los volúmenes y muchas notas informativas y explicativas de sus trayectos de edición y estudio⁶.

LA BONDAD

Conocí mucho al maestro Grases. Tuve la suerte de poder ser su amigo, muy a pesar de la diferencia en edad que había entre los dos, pues eran los acuerdos que sosteníamos sobre Venezuela, su investigación y su estudio, los que nos acercaban profundamente. Monotématicos, todo giraba en torno a la pasión por Venezuela. Lo quise antes de conocerlo y lo adoré después de conocerlo. Mi admiración nunca fue tan constante y para siempre como cuando, gracias a su generosidad sin límites, me regaló los primeros 19 tomos de sus obras y pude recorrer su trabajo con exhaustividad, y no como antes, siguiendo solamente unos cuantos de sus libros. Durante un tiempo largo que hoy es impreciso, lo leí y estudié. Nunca más abandoné sus libros y nunca más él me abandonó en mis pesquisas sobre libros. En

mi forma de trabajar, nada comienza sin saber qué hizo, dijo o anotó Grases. Con el tiempo, en mis visitas a su casa, muy de mañana, tomando café negro, hablábamos e intercambiábamos libros (yo los recibía, más bien), ideas (yo las anotaba al momento en que él me las dictaba) y proyectos (qué precioso era su arte de hacerme soñar a partir de lo que él ya había hecho y yo apenas empezaba a hacer). Mediando un abismo de vida, formación, ciencia y reconocimientos, tenía el hermoso don de hacerme sentir su igual y de conversar conmigo sin jerarquías. Nuestra amistad se prolongó durante sus veinte últimos años, más o menos. Prologó y presentó dos de mis libros. Supo de mi ingreso en la Academia Venezolana de la Lengua (una de sus dos academias) y supe que se había alegrado. Al final, su voz, tan potente, se fue apagando y se fue enredando; y su multilingüismo se fue haciendo bilingüismo y luego, al final, sólo habló en catalán (recuerdo a María Asunción escuchando al oído y traduciéndonos lo que decía). Me regaló algunas menciones en el índice onomástico de sus *Obras completas*. Aunque he escrito algo sobre sus trabajos de lenguaje, sigo debiéndole un estudio en profundidad⁷.

Grases, sin deponer ningún rasgo de su carácter fuerte, hizo de la bondad y de la amistad sus mayores logros (también, claro, fue la familia asunto primordial). Le daba tanto valor a la bondad, a esa necesidad de ser buenas personas antes que nada, que la estimaba más que a la ciencia. En ese pequeño gran libro que es *Cuatro varones venezolanos*, publicado en 1953 y escrito para vindicar a Valentín Espinal, Aristides Rojas, Manuel Segundo Sánchez y Vicente Lecuna, deja cincelado el principio: "Antes que la guerra de la península me obligara a conocer otras tierras, estimaba en más la exactitud científica que la bondad humana. Para mí mismo buscaba el saber, sin reparar en cualidades éticas. Después he comprendido que la vida es más rica y más sabia, si la preside la bondad del trato y la generosidad del alma, puesto que sin la buena gente no habría llegado nunca a rehacerme del estropicio de tantas calamidades".

He aquí el sabio bueno, hecho gracias al exilio y hecho gracias a la bondad de los hombres. Quizá sea éste su más cierto y más duradero legado.

NOTAS

1 Nace en 1909 en Vilafranca del Penedés, pueblo de la Provincia de Barcelona (España). Estudia en la Universidad de Barcelona, licenciándose, en 1931, en Filosofía y Letras y en Derecho. Al año siguiente, la Universidad de Madrid lo doctorará en ambas disciplinas. En 1936, el comienzo de la Guerra Civil interrumpirá sus labores como profesor en el Instituto Giner de los Ríos y en la Universidad de Barcelona (en donde actuaba, respectivamente, como profesor de Lengua y Literatura española y de Lengua árabe) y motivará su vitalicio y nutricional exilio hispanoamericano en Venezuela. La enseñanza y la investigación sobre el acervo bibliográfico y documental venezolano lo ocuparán desde el momento mismo de su llegada en 1937, cuando se residencia, ya definitivamente, en el país. El Liceo "Fermín Toro", la Escuela Normal Superior, el Instituto Pedagógico Nacional, el Liceo "Andrés Bello", el Colegio América, la Universidad Central de Venezuela y la Universidad Católica Andrés Bello lo contarán en su nómina profesoral. Haciéndose, al poco tiempo de su llegada, un espacio dentro de la intelectualidad estudiantil del país, se sumará a las filas del Grupo "Viernes", la más importante reunión de la vanguardia poética, estética y reflexiva de la Venezuela de aquellos años. Desarrollará en paralelo sus labores bibliográficas en la Biblioteca Nacional, en donde funda la "Oficina de Bibliografía Venezolana", y en La Casa de Bello, de la que será, además de miembro fundador y directivo, secretario de la comisión editora de las *Obras completas* de Andrés Bello. Fue, también, miembro de las comisiones editoras de las *Obras completas* de Rafael María Baralt y de la Colección "Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX". Sus muchas virtudes académicas lo llevan a ser numerario de la Academia Venezolana de la Lengua y de la Academia Nacional de la Historia. También, en clave similar, miembro Correspondiente Extranjero de la Real Academia Española y de corporaciones similares en América y Europa. Profesor e investigador invitado en universidades y centros de estudio norteamericanos (Harvard, Bloomington, Cambridge y Washington). Entre sus muchos galardones, recibió el Premio Nacional de Literatura en 1993. En esta línea, el Amherst College de Massachusetts crea, en 1983, el prestigioso "Premio Pedro Grases de Excelencia en Hispanismo" [sobre esta iniciativa, dirá, en 1992: "Vivo todavía el estremecimiento de sorpresa y gratitud en el momento en que supe del afecto y desprendimiento que tal gesto supone. Nunca ningún maestro ha sido tan bien tratado"]. La Universidad Metropolitana, en Caracas, acogerá la donación de su cuantiosa biblioteca, creando para albergarla la "Biblioteca Pedro Grases" y le otorgará, además, el Doctorado Honoris Causa, en un acto en que también se distinguiera con idéntico honor a Arturo Uslar Pietri. En 2000, bajo su presencia ductora y para el estudio de su obra y la divulgación de su pensamiento, comienza sus labores la Fundación Pedro Grases. Fallece, en Caracas, el año 2004, a los noventa y cinco años [cf. Francisco Javier Pérez. "Pedro Grases (1909-2004)". En *Diccionario general de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2013, pp. 242-244. Coordinación general: Víctor Bravo (3ª edición)]. Véase, también, para distintos aspectos: 1) Luis Beltrán Guerrero. "Pedro Grases o el bellismo". En *Razón y sinrazón. Temas de cultura venezolana*. Caracas-Barcelona: Ediciones Ariel, 1954; 2) *La obra de Pedro Grases*. Caracas: Editorial

Arte, 1976; "Presentación": Pedro Pablo Barnola; 3) Horacio Jorge Becco. *Bibliografía de Pedro Grases*. Caracas: s.p.i., 1987; 4) *El Premio Pedro Grases Excelencia en Hispanismo en el Colegio Amherst, de Estados Unidos*. Caracas: s.p.i., 1992; 5) *Pedro Grases en la Biblioteca Nacional: La pasión de un bibliógrafo*. Caracas: Instituto Autónomo Biblioteca Nacional, 1994; 6) *Pedro Grases. Premio Nacional de Literatura (1993) e Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia (1996)*. Caracas: s.p.i., 1998; 7) Ildefonso Méndez Salcedo. *Pedro Grases. Apuntes para el estudio de una trayectoria intelectual*. Caracas: Fundación Pedro Grases, 2003; 8) Ildefonso Méndez Salcedo (coord.). *El legado de Grases en Venezuela*. Caracas: Fundación Pedro Grases, 2006. Prólogo: Ramón J. Velásquez; 9) Rafael Arráiz Lucca. "Pedro Grases: el venezolano que nació en Cataluña". En *Puertas adentro. Ensayos sobre literatura venezolana*. Caracas: Comala.com, 2007; 10) Wilfredo Guerra. *Premios Nacionales de Cultura/Literatura: Pedro Grases, 1993*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2008; 11) Ildefonso Méndez Salcedo. *Pedro Grases. Claves para el estudio de una obra de investigación histórica*. Caracas: Biblioteca de temas y autores tachirenses, 2009; 12) *Homenaje al maestro Pedro Grases con motivo del centenario de su nacimiento, 1909-2009*. Caracas: Fundación Pedro Grases/ Oficina Cultural de la Embajada de España en Venezuela, 2010 [incluye: "Pedro grases en la memoria hispano-venezolana", de Dámaso de Lario; "Pedro Grases, el maestro", de Carlos Maldonado-Bourgoin] 13) *Homenajes al maestro Pedro Grases en Barcelona, España, 2010*. Caracas: Fundación Pedro Grases/ Fundación Bancaribe, 2014. Edición: María Asunción Grases Galofré y Carlos Maldonado Bourgoin.

2 *Obras*, 3: 33. El héroe mayor de la gesta, el Libertador Simón Bolívar, será evaluado como hito escriturario, como nombre en la historia literaria y como pieza clave en la creación de las ideas nuevas. Grases reunirá, en el cuarto volumen de sus obras, una miscelánea de sus trabajos bolivarianos que están guiados por las insistencias antes formuladas: 1) "Bolívar usa el idioma escribiendo o dictando con rasgos peculiares, de tal calidad que también debemos considerarlo como autor de alto rango en la mera actividad literaria"; 2) "A Bolívar, sin vacilación, ha de considerársele un humanista" (*Obras*, 4: Prólogo). Propone, además, el estudio de temas literarios en Bolívar y el establecimiento de un interesante panorama de relaciones: "Mi delirio sobre el Chimborazo, de Bolívar" (1949), "Bolívar y Góngora" (1976), "El Himno a Bolívar, de Pistrucci" (1948), "Un soneto al Libertador" (1955). Su libro *El Archivo de Bolívar* (1978) estará orientado por la potencia de la actividad de escritor del prócer.

3 "Deseo señalar un aspecto que acredita la integración de esta emigración hacia América de los transterrados de 1939. Es el cambio de temas de estudio e investigación que se observa en la vida activa de los emigrados". Esto dirá Grases como si se refiriera a su propio caso y al de un conjunto de renombrados intelectuales y eruditos españoles que Venezuela tuvo la suerte de recibir, al finalizar los años treinta: Agustín Millares Carlo ("una de las figuras más importantes del humanismo español contemporáneo"), Manuel Pérez Vila ("cambió los temas franceses para dedicarse al conocimiento de la documentación histórica de la independencia de Venezuela, con la particularidad de que se convierte en el mejor conocedor de los repositorios documentales en sus folios originales manuscritos"), Vicente de Amézaga ("los primeros estudios y publicaciones de Amézaga se transforman en

profundas disquisiciones históricas del país a su llegada a Venezuela”), José Luis Sánchez Trincado (“en pocos años de residencia escribió sobre poetas y novelistas del país y elaboró textos de didáctica e historiografías para la educación venezolana”), José María Cruzent (“ha desarrollado en el país una obra de investigación antropológica de primer orden”), Juan David García Bacca (“primera autoridad en la filosofía contemporánea”), José Moradell (“fue poco después de haber emigrado a Caracas cuando tuvo la oportunidad de definir la fisonomía de *El Nacional*”), Antonio Morles Caubet (“he oído más de una vez que en Derecho Administrativo venezolano hay dos etapas: la de antes y la de después de tan notable maestro”), Marco Aurelio Vila (“hijo del gran geógrafo Pablo Vila, siguió las huellas de su padre y llevó a cabo en Venezuela una importante labor de investigación geográfica”), Ernesto Maragall (“su cincel logró la creación de esculturas que adornan muchos puntos de Venezuela, tanto en monumentos de evocación patriótica como en interpretaciones estéticas de su famosa inspiración”), Manuel García Pelayo (“la bibliografía de sus publicaciones en el período de exilio es reconocida como obra de primer orden en los estudios jurídicos de todos los tiempos”) y Justino de Azcárate (“abogado y pensador, ostentó con gran nobleza y señorío el apellido de los eminentes políticos y abogados que durante más de un siglo brillaron en la historia moderna de España”), entre tantísimos más que le sirven de materia de estudio en uno de sus escritos más determinantes sobre la conceptualización y evaluación del exilio español en el país: *Venezolanos del exilio español* (Caracas: Instituto de Cultura Iberoamericana de la Embajada de España, 1995. Cuadernos Iberoamericanos). Habría que apuntar que el maestro Grases ha dejado diseminada por su extensa obra un valioso conjunto de referencias personales y generales sobre el exilio, sobre su situación particular de exiliado y sobre su inmenso agradecimiento a Venezuela.

4 Francisco Javier Pérez: 1) “Grases. Siguiendo una biografía lingüística”. En: Ildefonso Méndez Salcedo (coord.). *El legado de Grases en Venezuela*, ob. cit., p. 67; 2) “Grases y el lenguaje”. En *Del lado de los cautivos. Satisfacciones imaginarias 3*. Caracas: Bid & co. editor, 2007, p. 269.

5 Publicado en: *Pedro Grases. Premio Nacional de Literatura (1993) e individuo de número de la Academia Nacional de la Historia (1996)*, ob. cit., pp. 91-111.

6 “Se ocupa durante las décadas finales de su vida en ser él mismo su propio compilador y el ordenador de su vasta producción, a sabiendas de que el no hacerlo sería entregarnos a sus abismos más insondables. Pensó su obra como una travesía rectilínea trazada por su amor de estudioso, ingente en dimensión material y cuantiosa en dimensión espiritual, valores con los que Grases queda coronado a perpetuidad” [F.J. Pérez. “Pedro Grases (1909-2004)”. En *Diccionario general de la literatura venezolana*, ob. cit., p. 243].

7 Además de mis trabajos antes citados, agrego la necrológica que escribí para el *Boletín de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Soria, N° 11, 2004, pp. 47-48.